

ESPAÑA PINTORESGA.



La Lonja de Barcelona.

Cuanto viajeros y geógrafos han hablado de la casa Lonja de Barcelona, han dado noticias muy vagas de dicho edificio y establecimiento, ó han incurrido en errores é inexactitudes que procuraremos rectificar.

La vista que representa el grabado que precede, está tomada desde la plaza de Palacio, quedando este á la derecha, la Aduana á la izquierda, y la Ciudadela á la espalda del espectador. Véase á la derecha el suntuoso edificio de la casa Lonja, que describiremos después; á la izquierda las magníficas casas de Chifré, y en el centro la muralla del mar, que conduce hasta el fuerte de Atarazanas que se divisa al extremo de ella, y en el último término el castillo de Monjuich. Indudablemente esta parte de la populosa Barcelona, que ha sido teatro de tantos y tan sensibles sucesos durante nuestras discordias civiles, es la mas bella de la ciudad, así por los edificios que en ella se hallan, como por lo agradable de la vista del mar y del puerto; y pocas capitales habrá que presenten otra igual, y donde haya mas animacion y concurrencia.

Lonja, casa de contratacion, ó bolsa de comercio,

AÑO IX. — 4 DE FEBRERO DE 1844.

son los nombres que se dan al lugar donde se reunen los mercaderes y comerciantes para ajustar sus tratos; y del que en Barcelona lleva el primero de ellos vamos á ocuparnos.

El primer proyecto para su fabricacion se trazó en 1339, señalando el Consejo de Ciento de la ciudad ciertos impuestos sobre los buques y mercancías para los gastos de su construccion. El proyecto fue aprobado por D. Pedro IV de Aragon, en 9 de Junio de dicho año, pero sin embargo no se llevó á efecto, y en 1380 aun no habia Lonja en Barcelona, como lo comprueba otro real privilegio dado por el mismo Don Pedro en 14 de Marzo. En 1382, por real decreto de 3 de Julio, se mandaron quitar las horcas que estaban colocadas en la rivera del mar de Barcelona, y puestas allí por disposicion del Almirante D. Pedro de Moncada, á fin de dejar espedito el sitio para la construccion de la Lonja que principió en 1383, cuarenta y cuatro años después de proyectada, construyéndose en la plaza llamada de los cambios en terreno propio de la casa de Moncada.

La primitiva casa-Lonja consistió en un singularísimo edificio gótico, con un magnífico salon de tres altas y espaciosas naves, que en memoria de su suntuosidad se conserva aun al piso del suelo, y en el que se admira la gentileza de todas sus partes, y sobre todo una suma solidez. Dicho salon, que describiremos despues, sirve de punto de reunion á los comerciantes para celebrar sus tratos, y de suntuoso salon de baile durante el Carnaval.

En 20 de Octubre de 1452 los Cónsules y el Consejo de los veinte, mandaron erijir una capilla que ha sido derribada despues. En Enero de 1480 se mandó reparar el daño que el mar habia hecho en el patio que existía delante de la Lonja; y en 1517 se construyó el pórtico enfrente de la Lonja, para resguardar de todo temporal á los trigos del mercado, construyéndose ademas en 1571 un pórtico interior adornado de columnas corintias, para reereo y comodidad de los comerciantes.

En Octubre de 1576, reunidos los Consellers en la casa de la Lonja á peticion de los Cónsules, Defenedores y Consejo de los veinte, y de todo el cuerpo mercantil, se decidió añadir algunas obras á dicha casa.

En 1770 quiso el comercio reedificar esta obra, y confirió el encargo al arquitecto D. Juan Soler, natural de Barcelona, que la empezó en 1772; pero habiendo muerto en Enero de 1794, la continuó su hijo D. Tomas. Se demolió pues el antiguo edificio, y en el mismo lugar y con mucho gusto y magnificencia se levantó la nueva Lonja, formando una isleta ó cuadrilongo de 270 pies de longitud desde Oriente á Poniente, y 127 de latitud desde el Mediodia al Cierzo. La entrada principal es por la Plaza de Palacio, y por una soberbia portada adornada con diez columnas de orden toscano en el primer tramo, en el cual hay una especie de terraza sostenida por cinco bóvedas elípticas, en clase de cuerpo avanzado en el linde de Oriente, con 43 pies de salida, y el ámbito de los 127 pies que contiene el edificio. Tiene ademas dos ingresos en cada uno de los costados, adornados con seis columnas toscanas.

Las cuatro fachadas estan decoradas con el orden toscano desde el suelo al piso principal, y los otros dos cuerpos altos de que se compone, con el orden jónico: la distinta distribucion es alterada con cuerpos adelantados y atrasados, que terminan con frontones, siguiendo el mismo orden del entablamiento que corona el edificio en el intermedio de los mismos, y remata con la correspondiente balaustrada. El primer orden tiene 27 pies de altura desde el plan terreno al piso primero, y los dos cuerpos altos 50 pies, comprendida la balaustrada, siendo 77 la total altura del edificio.

Al piso del suelo se conserva el grande y antiguo salon de que antes hablamos: tiene 116 pies de largo y 75 de ancho, y su elevacion se estiende hasta el segundo alto del edificio. Es de orden gótico, con cuatro columnas aisladas, que forman la descripcion de tres naves, y sostienen las dos filas de arcos circulares para separacion de las mismas.

El patio que está en el centro del edificio forma un cuadrado de 60 pies de lado. En cada uno de los cuatro ángulos hay una estatua de mármol representando la Europa, Asia, Africa y América, obra de Don Francisco Bover y de D. Manuel Olivé. Frente á la escalera principal hay una fuente, cuyo estanque es de figura ovalada, y en el medio un peñon sobre el que está Neptuno en pie, coronado, y con el brazo izquierdo un poco apoyado sobre un timon: tiene en la mano derecha el cetro de su dominio, y en la izquierda el tridente. A sus pies hay dos delfines arrojando agua por la boca y las narices, y en el estanque dos nereidas con una concha en la mano. El peñon que sirve de pedestal y todas las figuras, son de mármol blanco, y obra el Neptuno de D. Nicolás Travé y las nereidas de D. Antonio Solá. Este patio ilumina la escalera principal y la restante distribucion interior del edificio.

La escalera del plan terreno al piso principal, es doble, con siete entradas, y dos ramos distribuidos cada uno con dos descansos, los cuales se comunican en su extremo superior por medio de un pasadizo, formando el todo de la caja un cuadrilongo de 65 pies de largo y 29 de ancho. Al empezar la balaustrada de la escalera, hay dos figuras de mármol blanco, representando el Comercio y la Industria, colocadas sobre dos pedestales de la misma piedra, obra de Don Salvador Gurri.

En el cuerpo principal á la parte de Mediodia y Cierzo, hay el espacioso y elevado salon, donde se celebran los exámenes públicos, la sala donde celebra sus sesiones la junta de comercio y otras varias piezas para las dependencias de la misma. El salon está adornado con varias estatuas, y entre ellas dos hermosos grupos, el uno de Laoconte, y el otro de un soldado Almogabar del Rey de Aragon, ambos de Campeny; y dos gladiadores de figura colosal por D. Ramon Bover. En la sala de sesiones hay cinco estatuas de mármol, representando las de los cuatro ángulos el Amor conyugal, el Himeneo, Paris y Diana, y en medio de las dos últimas está colocada la famosa Lucrecia, obra de mucho mérito de Campeny.

En la parte de Poniente está el tribunal del Consulado, y en el tercer y último cuerpo del edificio hay la escuela de bellas artes, y las demas escuelas gratuitas que dispensa la munificencia de la junta de comercio, y de las que hablaremos luego.

El edificio de la Casa-Lonja es todo de piedra de silleria: el pavimento del salon gótico, el solado de las piezas del primer piso, las balaustradas de los balcones de la misma y la de la escalera, todo es de mármol blanco.

A los desvelos de la junta de comercio y á la consideracion que en todos tiempos ha merecido de los gobiernos, debe Barcelona el número de escuelas gratuitas que causan la admiracion de los estrangeros, y deben atraer el aprecio de los naturales. Vamos á enumerar sucintamente el número de escuelas que se sostienen á costa de tan distinguida corporacion.

NAUTICA, abierta en Mayo de 1769. DIBUJO, en 23

de Enero de 1775, ORNATO, en 1.º de Mayo de 1834, GRABADO Y VACIAR, ESTATUAS, PINTURA AL OLEO, QUIMICA, instaladas todas ellas en el año de 1803. TAQUIGRAFIA, abierta en 1805. CALCULO Y ESCRITURA DOBLE, instalada en 1806. FISICA EXPERIMENTAL, en Octubre de 1814. ECONOMIA POLITICA, en Agosto de 1814. ARQUITECTURA, en Octubre de 1817. AGRICULTURA Y BOTANICA, en 1817. ARITMETICA Y GEOMETRIA PRACTICA, en 1819. MATEMATICAS, en 1819. IDIOMAS, ESCUELAS de FRANCES, INGLES E ITALIANO, se instalaron en 1824. MAQUINARIA PRACTICA, en 1834. ARQUITECTURA NAVAL, en 1830. Todas estas escuelas estan provistas de los aparatos, útiles, instrumentos, y cuanto es necesario para los respectivos estudios.

Mucho pudieramos estendernos en la descripcion de tan útil establecimiento; pero ademas de que su importancia y suntuosidad son harto conocidas de nacioles y extranjeros, no nos lo permite el espacio á que debemos reducirnos.

Diremos solo en conclusion, que el hermoso edificio de la Casa-Lonja está actualmente muy desmejorado por el frente que dá al mar á causa de los tiros de cañon de la ciudadela y fuerte de D. Carlos, contra una bateria que los insurreccionados, conocidos con el nombre de Jamancios, intentaron establecer en la rampa de la muralla del mar. Hay muchas piedras rotas y arrancadas, cuya reposicion será muy difícil si se quiere conservar la hermosura del edificio, y estan hechas tambien mil pedazos muchas balastradas de los balcones. Ademas una bala de cañon hizo pedazos una de las grandes columnas de mármol que sostienen el techo en lo mas alto de la escalera principal. Tambien entraron algunos proyectiles en la sala de sesiones de la junta, que afortunadamente no hicieron grandes estragos en ella. De desear es que no se repitan tan deporables acontecimientos; y es de creer tambien, que la junta de comercio hará desaparecer bien pronto de aquel hermoso edificio las tristes señales de nuestras discordias civiles.

POESIA.

LA VUELTA DE FLANDES (1).

III.

Dos siglos hace lo menos
que circundado de muros,
con alzados capiteles
y con relieves confusos
un antiguo monasterio
sombrio, gótico y adusto
entre Madrid y Toledo
muy cerca de Illescas hubo:
aunque en el sitio que estaba,
que hoy es un páramo inculto

(1) Véase el numero anterior.

apenas de sus cimientos
ya queda vestigio alguno.
Solitario alli el convento,
aunque de origen augusto,
era con humilde traza
del caminante refugio,
y su recinto ignorado
con el fervor de los justos.
Virgenes santas del claustro
guardaba en el seno oscuro.
Una mañana en el templo
se reunió mucho concurso
de los vecinos lugares
que á los sacrosantos cultos
solian venir; las campanas
sonaban lentas, y un túmulo
que en la nave de la Iglesia
con un féretro se puso,
y el acompasado canto
del oficio de difuntos,
y la ansiedad de las gentes
con los semblantes de luto
daban á entender muy harto
que lo que alli se dispuso
no era otra cosa que el triste
y postrimero tributo
que nos ofrece en la muerte
con su despedida el mundo.
De una jóven religiosa
el término prematuro,
acabada de un pesar
misterioso al filo agudo,
bajo aquellas anchas bóvedas
y entre los diversos grupos
era de las breves pláticas
la fábula y el asunto.
Cada cual de este suceso
por los rumores del vulgo
el origen esplicaba.
Reiteraba los absurdos,
aunque de la infeliz monja
nada de cierto se supo
mas que encerrada en el claustro
por desengaños que tuvo
de su amante que alla en Flandes
mal caballero y perjuro
la olvidó, bajó la triste
con su dolor al sepulcro.
Asi fue que terminados
los funerales que hubo,
al pasar los sacerdotes
del vario pueblo por junto
con sorda voz repetian
ved ahí mortales ilusos,
esas son las esperanzas
y esas las glorias del mundo.

Sobre un arrogante potro,
de hácia Madrid por el rumbo,
con militar apostura

de aquellos tiempos al uso, apareció un caballero gallardo, joven, robusto, con tez despejada, talle airoso, cabello rubio y ademanes que impaciencia y priesa denotan y susto. A la puerta del convento apeose junto al concurso que de la Iglesia salía, y en sus verjas se detuvo. Es D. Gonzalo de Vargas, que después de harto trascurso en que ni cartas ni nuevas de su amada Laura tuvo, ya capitán de fortuna enriquecido y con lujo de Flandes torna á Toledo á buscar dentro sus muros, aunque receloso, el premio que ganar con su amor supo; porque el silencio siniestro de un año largo que mudo le ocultó en Flandes la suerte de su bella Laura puso tal inquietud en su anhelo, en su pecho mal tan crudo, que todo lo que aparece á su vista, irresoluto y cobarde lo contempla como desdichado anuncio. Mas él ignora que amaños de su familia y disturbios con la de Laura enjendraron la traición que el ciego orgullo y la codicia ayudaran para labrar su infortunio. Adelantose el mancebo, aunque sereno, confuso, llevando de su caballo rodeada la brida al puño, y con gentileza noble y urbano acento, á los rudos villanos que le miraban preguntó de aquel concurso la causa. Sencillos ellos dijéronle sin estudio la dolorosa desdicha que tal escena produjo y refirieron la muerte que lloraban de consuno. Al escuchar tales nuevas se quedó Vargas difunto yerto, mortal, sin aliento para moverse, convulso y exánime como en su hora postrimera el moribundo. Alzó los ojos al cielo de pavor y llantos turvios y levantando los brazos.

«¡O ciego destino injusto! exclamó—¡cuanta razón mi presentimiento tuvo! Ha muerto. ...mis esperanzas se convirtieron en humo.... ¡Laura! Laura!... sin tu amor ninguna ventura busco. Tu verás hoy desde el cielo si mi juramento cumplo.» Al decir esto sus ojos se enardecieron sañudos, se estremecieron sus miembros y despedido, nervudo de la brida con presteza revolió al fogoso bruto, tomó el estrivo con saña y en su frenético impulso, cabalgando acelerado con ademan iracundo, á toda rienda el caballo sacó por el llano inculto. En breve del Monasterio á grande trecho se puso y con veloce carrera cual imperceptible punto desapareció muy presto en el horizonte oscuro hacia la parte que el Tajo lleva su rápido curso. Las mugeres aterradas lanzaron ayes agudos; y dolido de la suerte del triste Vargas, un número crecido de aquellas gentes sobrecogidas y en grupos comentaron el exceso con peregrinos discursos; y mientras ellas hablaban de asombro llenas y susto, aun los frailes repetían con eco sordo y confuso, *estas son las esperanzas y estos los bienes del mundo.*

J. GUILLÉN BUZARAN.



COSTUMBRES.



Mi noviciado en la Corte.

¡Qué de apuros y desgracias experimenta el pobre ciudadano provincial, que por primera vez tiene la dicha, ó la calamidad, de pisar el maldito empedrado de la capital de la Monarquía! Qué de chascos se agolpan á dar al traste con la paciencia, tanto del que, merced á las pocas razones de la diligencia y de su fuerza motriz, se abre paso por las calles; como del que al nivel de los cuartos principales, á imitación de una tortuga, alarga el cuello bajo el roto cañizo de un cosario valenciano, siendo la risa y la burla de los que á un nivel mas bajo contemplan al empolvado viajero; ¡qué confusión, qué apuros, qué parecerle imposible acostumbrarse á semejante barahunda! Yo que en algun tiempo, al parecer, fui el blanco de los tiros de la desgracia, y que apuré mas que nadie el cáliz de los sinsabores del noviciado, contaré solo á mis lectores las tribulaciones que sufrí las primeras horas que estuve en esta, seguro de que por ellas sacarán cuánto sufriría hasta lograr la lección del escarmiento. Conozco que tengo que traer á mi memoria antiguos y desagradables sucesos, y que al dejar correr mi pluma sobre el papel, algunas veces me sonrojaré al recordar el estado en que estaba hace algunos meses, antes de dejar, cual decirse suele, *el pelo de la dehesa*.

Yo, para servir á Vds., nací en un *lugar de la Mancha*, y aun cuando, á pesar de las bellezas de la Corte, suelo acordarme de él alguna vez, tengo toda la imparcialidad necesaria para confesar que solo en ma-

la policia es superior á esta, que no es decir poco. No sé por donde le vino á la cabeza á Blas Cuasiermas, mi padre, el infundirme el deseo desde pequeño de seguir la carrera de abogado; solo puedo decir que se manejó tan bien, ó yo fui tan dócil, que tras pescosones y palmetas, maestros y dómines, Curas y secularizados, me hallé con haber, si no aprendido, estudiado la Filosofía, y sabiendo lo bastante de latin para entender los autores en castellano. Resolvióse en mi casa, y en pleno parlamento, que estaba en estado de pisar una Universidad, donde poder aspirar á ejercer la facultad, en el corto espacio de ocho años; á propuesta del Cura párroco, se resolvió fuera la de esta Corte, como punto mas á propósito para correr fortuna, aunque mala la habia corrido él, viniendo á reclamar el retraso casual de unas treinta y ocho pagas.

Fastidioso y pesado seria contar á mis lectores, la revolucion que causó en mi casa la sola declaracion de mi marcha; la admiracion y aspavientos de mi parentela, y el asombro con que se miraba la resolucion de dejar libre á un hijo, y nada menos que para ser *Estudiante*; baste decir que era la única rama del árbol de mi familia, que se atrevia, hacia siglos, á abandonar sus lares, y lanzarse á la enorme distancia de 36 leguas. Por fin llegó el dia de la marcha, y con él los lloros, apretones, advertencias y amonestaciones. — «¡Por Dios! con las compañías, hijo mio. — Huye del juego. — Oir misa. — Temor de Dios. —

Las cuentas claras.»—Tales eran las salvas con que me despedía mi familia, las cuales todas juntas no ablandaron mi corazón tanto, que no se sintiese lleno de regocijo al solo contacto de la mano de mi madre, que hizo pasar á la mía la para mí gran cantidad de ocho duros. Bálsamo saludable, que en un punto secó el manantial de mis lágrimas, y á quien pasé mil veces revista en el camino!

Para pasar pronto mi largo viaje, y con él mi asombro de ir en diligencia, mi cuidado en no perder el billete, pasaporte y cantidad de 800 rs. para mi manutención, mi pasmo al tener que pagar diez ó doce reales en cada comida, y en fin mi enorme capa y mis necias preguntas, que aburríeron mil veces á los viajeros, diré que descubrimos el puente de Toledo.

«D. Pascual, (este era un viajero que se dignaba escucharme alguna vez) ¿estaremos mucho de Madrid?—¡Pues hombre, no lo vé V. ahí mismo!—¿Cuánta gente tiene?—Qué casa es aquella de la izquierda?—Para quien es tanta ropa que hay tendida? Estos árboles dan fruta?—Hombre, V. pregunta mas que el P. Ripalda; exclamó mi hombre acosado por todas partes.»

En esto los chasquidos, las voces del mayoral y zagales, y el aparecer por la portezuela de la rotonda la cabeza del caballo de un carabinero, nos dió á conocer que estábamos ya en la Corte. ¡Qué gentío, qué tiendas, qué diversidad de trajes! Todo pasaba por la ventanilla del coche, como por el cristal de una linterna mágica.—«Plaza de la Cebada, decía D. Pedro.—» S. Isidro.—La Plaza.—Calle Mayor.—La obra del Maragato.» A cada palabra de estas, me lanzaba yo importuno por la ventanilla correspondiente, aunque no fuera de mi departamento. Mi admiración subió de punto al contemplar la Puerta del Sol, y su ejército de vagos; algunos minutos después paró el coche, y los rostros de la multitud que rodeó el carruaje me indicaron, que no solo en la Mancha se admiran al ver un viajero.

II.

MI primera diligencia, cuando me hallé en la sala de descanso, y libre del infierno de curiosos, de empleados en la administración, y de mozos de cordel, fue tender una mirada sobre todos mis avios, que en completa confusión rodaban por el suelo. Como creo que el aire no debe ser género ilícito, los carabineros no registraron ni mi cofre, ni la maleta, contentándose con levantarlo todo de las asas, y conocido su poco peso, deducir su poca malicia. Llamé á uno de los malecarados mozos, y registrando mis bolsillos, saqué una carta por la que esperaba ser admitido en una casa de confianza, calle de.... núm. 43 cuarto 4.º, hacía cuyo punto nos dirigimos, no sin haber soltado antes las correspondientes propinas, agujetas y gotas, de mayoral, zagales y escopeteros, que me hicieron pagar bien caro el noviciado.

Difícil, sino imposible, sería trasladar al papel la confusión y caos en que estaba mi cabeza, cuando no

osándome separar ni un ápice del gallego, portador de mi hacienda, atravesaba las concurridas calles de la corte. Por fin llegamos á una tortuosa, y mi conductor entró en la casa que las señas indicaban. Con solo decir que noventa y seis veces sonaron en la escalera las terribles patadas del gallego, podré dar á conocer á mis lectores la admiración que tendría al verme en tal altura, acostumbrado á casas de un solo piso. Una puerta, con grandes troneras y roturas, detuvo nuestro paso; y no hallando campanilla ni llamador, tuve que hacerme oír con grandes palmas. Abrió una mujer de unos treinta años, mal carada y peor vestida—¿Es V. Doña Juana Garrido?... Después de examinarme detenidamente me preguntó, qué se me ofrecía; yo haciéndole mil reverencias y con la gorra en la mano, le entregué mi carta de recomendación, con la que después de mirada y remirada se entró, dejándonos á mi pasmo y al gallego maldiciendo de la carga. Salí á poco con una alegría sin igual. Sr. D. Antonio, exclamó; no sabe V. lo que nos alegramos mi esposo y yo de tenerle en casa, y mas viniendo por empeños de quien viene: vamos: entre V. todos sus avios.—Así lo hice, entrando en un cuarto cuyo techo seguía el declive del tejado, y cuyos muebles se componían de tres sillas y una mampara; sobre una de aquellas estaba sentado un hombre de color cetrino, pantalón de campana, chaqueta con alamares, y faja encarnada, en la que se descubría una descomunal herramienta, hija de las fábricas de Albacete; no dejó ni su postura de jaque, ni de arrojar bocanadas de humo, á pesar de mi cortesía en saludarle; y solo después de mirarme con una sonrisa compasiva, se marchó por dejar libre la discusión.—V. debe hacerse cargo, me dijo la patrona, que aquitodos los cuartos son estrechos; pero este tiene una hermosura de luz; ¿mire V. qué ventana? me decía, asomándose por ella. Mire V. qué agujero, contestaba yo metiendo la mano por uno regular que había sobre mi cabeza.—Eso es una gotera; cuando llueve se pone un barreño, y como si no estuviera. Pero hablando de otra cosas; ¿V. será estudiante?—Si señora.—Pero ¿será la primera vez que sale V. de su pueblo?—Si, si.—Me alegro, porque si lo fuera V. hace tiempo, no le admitiría, porque los hay... de padre y muy señor mío.—Tiene V. razón.—En seguida se puso á arreglar mi equipaje, y habiendo de salir y no sabiendo las calles, mandé al gallego que se esperara.

Adelanté á la patrona la paga del mes entero, á razón de 8 rs. diarios, pues según ella, solo por esta cantidad podía tenerme; y aun me hacía favor, merced á mi recomendación; pues desde el sitio de la capital, cuando la salida de Espartero, los comestibles escaseaban y le costaban un ojo de la cara. Le dije no volvería hasta la noche, pues pensaba ver á un antiguo amigo de mi padre, en cuya casa comería. Sintió la buena mujer en gran manera mi pronta separación, diciendo quedaba entretanto aviándome una sabrosa cena. Yo llamé al gallego, y por ser ya las doce me dirigí á casa de D. Juan Novales, calle de...

núm. 23 cuarto 2.º Dimos pronto con la casa, y gratificado mi conductor, no tardé en verme cara á cara con quien buscaba. Cual sería mi sorpresa al encontrar, en vez del amigo afectuoso, del que tanto tenía que agradecer á mi padre, del que esperaba saltara de gozo al solo nombre de Cuasiermas, á un hombre frío, descortés y hasta insolente, á quien poco menos hube de decir «vengo á que me dé V. de comer.»

Largo tiempo estuvimos frente el uno del otro, alterando el silencio tan solo con alguno que otro monosílabo; y la una dió, y siguiendo á las dos, y á las tres, tocaron las cuatro, y en la casa no se comía, y mi estómago rabiaba, y yo ignoraba qué hubiese otro modo de comer diferente del de mi tierra, y que se llamaba á la francesa. En fin á las seis, estando ya agonizante, nos llamaron á la mesa: aquí, lectores míos, donde es, era consuelo, hallé desgracias; donde pensé acallar el hambre con manjares, la acallé con sudores y trasudores. Yo, acostumbrado á contar las cucharadas de sopa por otros tantos sorbos descomunales: que comía con la cuchara los garbanzos, y cojía las aceitunas con los dedos; yo, para quien el tenedor era instrumento poco conocido ¿cómo había de cojer la sopa con pulcritud, ayudado de este y la cuchara, sin un improbo trabajo? En los intermedios no sabía donde tener la manos; no había concluido el cocido y ya no tenía pan; las azeitunas saltaban al cojerlas con el tenedor, y tenía que complicar la máquina cojiéndolas con la mano, y enganchandolas en aquel. Mi confusion se aumentó al ir á mojar en el guisado un poco de pan, que escurriéndose bajo el tenedor saltó en medio de la mesa.....

Por fin, concluimos; callo las risitas y las señas de los dueños de la casa, las veces que cojieron á los niños conteniendo la risa, y señalando mis mangas de jamon, y descomunal cuello de camisa. Harto, desconsolado y con las lágrimas en los ojos de despecho, cojí mi sombrero sin estar ya mas tiempo que el necesario, para que en un momento que me hallé solo tomase la puerta sin despedirme, y dejando esta prueba mas de mi aventajada educacion. Como mi casa no estaba lejos, me fue facil preguntando, dar con ella, mas la puerta no se abre á las repetidas patadas que recibe; creyendo á la patrona fuera, resuelvo esperar, y paso una hora sentado en un escalon; temiendo una desgracia, repito los golpes, y se repite el silencio. Por fin, mi afliccion no tiene límites, al salir los vecinos del cuarto 3.º y enterados del suceso, me dicen no conocer á ninguna Garrido, y que los vecinos de la boardilla se habian mudado aquella tarde, dejándoles la llave por si alguno quería ver el cuarto. ¡Pueden caer mas desgracias sobre un infeliz provincial! En Madrid, sin un cuarto, en una escalera ¿que tenía que hacer? Jamás podrán formase una idea los que esto leyeren, del trastorno que me causó este último golpe; la afliccion, la rabia, el sentimiento y la vergüenza, me hicieron saltar las lágrimas de tal modo, que compadecidos los espectadores de tan trágica escena, me franquearon por al-

gunos días cama y mesa, hasta que mis padres supieran mi desgracia. La siguiente carta, escrita en los momentos primeros y por consiguiente mas aflictivos, creo que le enterneceria.

«Querido padre; desde mi salida no sé donde estoy. Escuso entrar en pormenores: esta mañana á las nueve llegué, son las ocho de la noche, y no me queda de lo que trage sino lo puesto; todo lo he perdido sin haberlo jugado; la patrona á quien me recomendó el Sr. Cura, no se llamaba Garrido, pero por las señas tiene buena garra. Se ha marchado con todo lo mio, mientras fui á casa de Novales, que por cierto se ha portado muy mal. Tiene ya otro beneficio que agradecer á V., el haberle servido de payaso durante una tarde su hijo. No puedo mas, envíeme V. dinero, pues sino, no se que me llegará á suceder — ANTON CUASIERMAS.

Aquel día pasó, lectores míos, mas las desgracias siguieron, pues son anejas á la naturaleza del novicio en la corte; echaba la culpa á los otros de lo que provenia de mi mismo; me escurria en las calles, me empujaba la gente, me atropellaban los coches, me derribaban los gallegos y manolas, y yo á mi vez las mesas de *bollos* y *fosforeros*. Tenia que salir dos horas antes para hacer una diligencia de diez minutos; los retratos, los tiroleses, las cabezas de las peluqueras, y los perros del manco aragonés, me encantaban, y pasaba ratos enteros contemplándolo todo. Al fin el dinero vino: mis bienhechores del cuarto 3.º fueron recompensados, y yo que parecia ya despuntar, por consejo de ellos marché á un pupilaje con unos estudiantes veteranos, que en cuatro días me mondaron y pulieron. Tres meses hace que estoy en su compañía, y gracias al *por cuanto vos* hice valer mis matriculas de filosofia, y tomé el grado de *Bachiller*; voy ya con desembarazo por las calles, concurre á algunas casas, sé decir á los *pies de Vds.* á las señoras, como sino con monadas, con un solo carrillo, mando á mozos y á criados con aire, con brio y con alívez, apeo el tratamiento á ciertas gentes en un dos por tres, y si no se me llama un joven elegante, se me llama un joven franco, y no tengo ni la sombra de *paleta*.

EL BACHILLER CUASIERMAS.

LEYENDA HISTÓRICA.

HERNANDO DE CÓRDOBA, EL VEINTICUATRO.

El siglo XV fue una de las épocas mas brillantes en que se ha encontrado la ciudad de Córdoba despues de la conquista.

La fertilidad, y abundancia de su suelo, su clima dulce, y apacible, lo encantador de su situacion, habian llamado á establecerse en ella las familias mas distinguidas del Reino. Su nobleza, elemento político el mas poderoso en aquel tiempo, no cedía en cali-

dad, valor, y cultos modales, á la mas calificada de España.

Vástago esclarecido de ella era Hernando Alonso de Córdoba, á quien comunmente llamaban el veinticuatro.

Por lo ilustre de su alcurnia, que remontaba al tiempo de la conquista; por lo preclaro de sus antepasados, cuyos hechos heroicos llenaban las historias; por sus talentos, cordura, valor, carácter, y hermosa presencia, D. Hernando se distinguia entre los muchos caballeros notables que habia en su tiempo. El Rey que conocia sus bellas prendas le habia otorgado su amistad; la ciudad orgullosa de poseerle, le dispensaba las mas positivas muestras de consideracion y aprecio; parecia que nada faltaba á hacer dichosa la situacion de este insigne caballero.

Su esposa Doña Beatriz, noble Señora de Sevilla, no se distinguia menos entre las de su sexo, que entre los hombres D. Hernando. Belleza, discrecion, honestidad, recato, un grande amor á su marido, todas las cualidades en fin propias para hacer apreciable una Señora, concurrían en ella. Asi es que aquel la amaba con pasion; amábale tambien del mismo modo Doña Beatriz; y la felicidad, que los esposos disfrutaban era tan ostensible, que se citaban en la ciudad como modelo de una familia dichosa.

Tan relevantes calidades parece que debieran asegurar una tranquilidad, que durase tanto como la existencia, pero no fue asi; y con admiracion universal, dieron estos esposos un triste ejemplo de lo que es la mundana felicidad.

Vivia en compañía del Obispo, que lo era á la sazón D. Pedro de Córdoba y Solier, sugeto no menos ilustre por su sangre, que por su piedad, y demas virtudes, un hermano suyo llamado D. Jorge, Caballero del orden de Calatrava, y comendador de las casas de Cordoba. Sus nobles prendas nunca desmentidas le aseguraban en todas partes la mejor acogida, y si á esto se agrega el deudo que unia á la familia del obispo con la del veinticuatro, no se estrañará que Don Jorge fuese admitido en casa de este, ni el que aumentando el aprecio con el trato, menudeasen las visitas á medida que crecia la amistad entre los dos primos, de tal manera que antes de mucho tiempo de haberse conocido, fuesen inseparables.

Tal fue el origen de las horribles desgracias que despues sobrevinieron en esta familia, dechado hasta entonces de felicidad. Sin que alcanzasen á impedirlo las razones de delicadeza, cuando no bastasen las de la honradez, una llama criminal prendió simultáneamente en los pechos de D. Jorge y Doña Beatriz. Largo tiempo (en su excusa debe decirse) la resistieron. Por mucho tiempo firme cada cual en el círculo de su deber, los ojos fueron los únicos conductos por donde se expresaba la impura pasion; pero al fin con las ocasiones hubo de pasarse de las miradas á las palabras, y aumentándose el afecto con tan poderoso estímulo, hubieron de salvarse todas las vallas olvidando lo que el honor, no menos que la religion exigian.

Muy lejos estaba D. Hernando de sospechar la

herida, que en su honra, sin mancha hasta entonces, habia recibido, cuando la ciudad tuvo necesidad de agitar ciertos negocios en la Corte. Y como la gran disposicion de D. Hernando, y su amistad con el Rey era tan conocida, el Consejo fijó en el los ojos para esta delicada mision. Aceptóla llevado del grande amor que á su patria profesaba, y á los pocos dias besaba al Monarca la mano en Toledo.

La ausencia de D. Hernando fue la señal para que aquellos amores, hasta entonces envueltos en el misterio y seguidos con el mayor recato, sacudiesen todo freno. Publicóse en la casa el deshonor de D. Hernando: hízose el objeto de la conversacion de los porteros, de los pages, y de las doncellas: todos fueron cómplices en la deshonra de su Señor, sin que entre tanto servidor se encontrara mas que uno que comprendiese la intencion de sus deberes.

Este fue un esclavo llamado Rodrigo, nacido en la casa, de una esclava africana y padre desconocido, el cual, como presenciase los desmanes, que diariamente ocurrían, y viese mal parada la buena opinion de su Señor, le avisó mas de una vez que procurase acelerar el despacho de los asuntos que traía entre manos y regresar á Córdoba: pero nunca se atrevió á señalar la causa de estas gestiones, de las cuales, por otra parte D. Hernando no hizo el menor aprecio, mirándolas quizá como hijas de la miserable condicion en que Rodrigo se encontraba.

Mientras tanto D. Jorge, ó porque asi lo exigiesen asuntos de importancia, ó porque temiese que el escándalo habia de llegar á oídos de su primo, y quisiera deslumbrarle mostrando indiferencia, resolvió partir tambien para Toledo. Gran sensacion causó esta novedad en la casa de D. Hernando. Doña Beatriz procuró con todas sus fuerzas que el Comendador mudase de resolucion, pero ni sus ruegos, ni sus caricias, ni sus lágrimas fueron bastantes á conseguirlo. Con premura aprestó los preparativos del viaje, y llegado el dia, quiso dar el último adiós á la que era señora de su afecto. Suspiros y sollozos fueron el único lenguaje de esta cruel despedida; mas viendo Doña Beatriz acercarse el momento, sacó del dedo un precioso anillo y le colocó en el de D. Jorge, rogándole que mientras la ausencia no lo separase de si un instante para que siempre tuviera á la vista este recuerdo vivo de su amor. Era el anillo el don mas rico que hubiera podido hacerle. Prendado el Rey de las buenas calidades de D. Hernando, y de su lealtad, se lo habia regalado en otro tiempo como una muestra del cariño que le profesaba. D. Hernando habia creído que en ninguna parte estaria mejor colocado que en las manos de su esposa. Siempre le llevaba esta, pero en aquel momento olvidó que su marido estaba en Toledo, olvidó que forzosamente habia de ver con frecuencia á D. Jorge; todo lo olvidó, y solo obró en ella la vehemente y ciega pasion que la dominaba.

(Se continuará.)

MADRID.—IMPRESA DE D. F. SUAREZ, PLAZUELA DE CELENGUE 3.